

La Lengua Modificada

por Sebastián Salazar Bondy

2/5/55

A propósito de una reciente nota sobre el idioma castellano en el Perú, suscrita por el autor de estas líneas, se han hecho diversas interpretaciones erróneas. En primer lugar, se ha pensado que el cronista auspiciaba el caos lingüístico, proponiendo que se consagrara como lícita el habla incierta e irregular de los bajos fondos, con todos sus patentes defectos de consistencia y significación. En verdad, suponer que una argumentación favorable al lenguaje general cotidiano, muchas veces en su tradicional ejercicio oral en pugna y divergencia con las normas anquilosadas de las gramáticas y las academias, equivale a la defensa de la jerga carcelaria o de grupo, es confundir lamentablemente los términos de un alegato. Dejar bien sentado el punto de vista que en aquella oportunidad se expuso, es el objeto de este breve artículo.

Estratos del Idioma

Tres tipos de habla es posible advertir, de una sola vez, en nuestro medio. Una, la de los grupos cultos y, especialmente, la de los escritos de calidad: sus características apenas difieren de uno a otro país y de cualquier nación de América española a España misma. Los literatos se preocupan por alcanzar un nivel de expresión en el que se complementen la riqueza del léxico y la claridad. No es, lamentablemente, este lenguaje que se usa en el coloquio diario, familiar, desaprensivo. La segunda es el habla corriente: la que empleamos en nuestra casa, entre nuestros amigos, en los negocios en la existencia simple o azarosa de cada momento. Todo país e, inclusive, toda región poseen modalidades exclusivas y, en cierto modo, perpétuas. Dicho lenguaje está unido hondamente a la personalidad nacional y tiene su particular reserva de recursos, no sólo en lo que atañe a vocablos eficaces para designar una u otra cosa, sino también en lo que se refiere a formas sintácticas propias, tan peculiares de una región — y los países latinoamericanos, a la postre, no son otra cosa que grandes y compactas regiones de una enorme nacionalidad parcelada— como la melodía de la fonética local. Una tercera habla es la dialectal de las capas populares más bajas, colindantes con las zonas asociales: jergonzas o "argots", llamados aquí "replana", destinados a simular la vigilancia que la colectividad ejerce sobre sí misma.

La primera clase de lengua es fija, dura, impasible. A ella es a la que una institución tan conservadora como la Academia "limpia, fija y da esplendor". Su capacidad de asimilación está limitada por una especie de permanente hermetismo que sólo se debilita cuando la costumbre impone una variante de modo enérgico y definitivo. La segunda es libre, líquida, transparente, aunque no deja de poseer cierta severidad para la admisión en su caudal o estructura de innovaciones en exceso audaces o revolucionarias. La tercera es libertina e inestable, sujeta a variaciones intempestivas, poco rígida y generalmente pasajera. Las tres, sin embargo, forman un cuerpo. De uno a otro extremo, el idioma es uno solo. Pero esta unidad es viva. De abajo hacia arriba, es decir, de la jerga a la lengua culta y doctoral sube una marea que

lleva en su seno, como el mar en su resaca, ciertos elementos que, por suerte de la insistencia, acaban por ocupar, poco a poco, un lugar más alto del que en su origen poseyeron. La historia del castellano demuestra cómo algunas "palabras malditas", en su comienzo consideradas verdaderas aberraciones, han concluido por ser expresiones refinadas. Y al revés, como palabras tenidas hoy por poco cultas, fueron en alguna ocasión vocablos de gran exquisitez. El proceso que sigue una palabra está en relación directa con la necesidad que viene a cubrir en la vida de relación: si es útil, pasa de la base al estrato intermedio, y de ahí al académico, a través de un escalafón exigente y riguroso.

Tarea de Enriquecimiento

¿Cuál era el sentido de la nota anterior sobre el idioma? Muy simple. En América hablamos el castellano, pero se nos quiere regir el lenguaje desde España, a la cual no estamos vinculados de un modo vital sino meramente histórico. Nuestro idioma común, nuestro modo conversacional, posee maneras singulares, recibidas de la elaboración popular peruana o americana, algunas de las que, por el pulimento que el uso a veces secular les ha dado, son ya inamovibles. Pueden ser consideradas formas perfectas. En tal caso, y como síntoma de que lentamente se va afirmando nuestro idioma, el famoso Día del Idioma no debe ser, como se ha pretendido, una fecha destinada a lorar la pérdida de esta o aquella característica hispánica del castellano, sino principalmente nuestra capacidad de enriquecer y hacer cada vez mejor, por más completa y flexible, esa lengua que Juan de Valdez —que no la escribía como un académico de hoy, afortunadamente— decía que era "tan noble, tan entera, tan gentil y tan abundante".

No cabe la menor duda de que los americanos estamos en una situación excepcional para manejar el castellano ampliado y engrandecido, como no lo estuvo nunca, gracias a que podemos usar las formas españolas y las nuestras —las que los españoles rechazan— con igual derecho. Vaya una anécdota como ilustración de este aserto. Cierta limeño, relatando algo, dijo en una tertulia madrileña: "...y me paré en el filo de la vereda". Los interlocutores mostraron no haber entendido bien la expresión. En realidad, para ellos hubiera debido decir: "...y me detuve en el canto de la acera". Para cualquier americano ambas formas son correctas. Como este caso pueden citarse mil. Con el tiempo serán más y más, hasta que llegue un día, que lógicamente no está cercano, en que nosotros entendamos a los de la península y ellos, en cambio, no reconozcan en nuestras frases sino muy poco como suyo. Quien niegue que aquí, al igual de lo que sucede en otros terrenos, estamos modificando todo lo que vino de fuera, negará nuestro derecho a la existencia, que es esencialmente nuestro derecho a la creación. No se trata, como se ve, de propiciar el caos, sino, por el contrario, de afirmar nuestra decisión de ordenar nuestro desorden conforme nuestra voluntad y nuestro provecho.